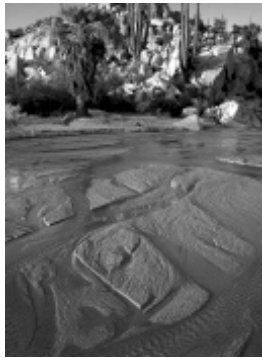


# La *oasisidad*: núcleo de la cultura sudcaliforniana

MICHELE CARIÑO



## INTRODUCCIÓN

En un esfuerzo por entender con mayor claridad la realidad sudcaliforniana debemos dirigir nuestra mirada hacia la interacción entre el hombre y la naturaleza y sus consecuencias en la construcción de una cultura *sui generis*. La particularidad del dueto aislamiento y aridez, sin lugar a dudas ha marcado profundamente todos los procesos históricos de la actual Baja California Sur. Esta característica geográfica ha incidido en los límites para los asentamientos humanos y sobre el desarrollo socioeconómico desde el periodo indígena hasta fechas muy recientes.

De manera específica, esa implacable pareja ha dado lugar a las fronteras geográfico-culturales con las que las diferentes sociedades sudcalifornianas han tenido que convivir. La capacidad de reconocimiento y adaptación a estas fronteras son el indicador de las capacidades que dichas sociedades tuvieron para manejar el medio geográfico a través de una serie de estrategias.

La vertiginosa velocidad de la historia contemporánea es la razón de la amnesia que nos hace perder de vista la importancia que en la historia de las civi-



lizaciones han tenido las fronteras geográfico-culturales. La lucha que los hombres y mujeres libraron durante milenios contra los peligros reales e imaginarios que pululaban en los bosques, las selvas, los océanos y los desiertos determinó en buena medida la historia de la humanidad entera. Pero resulta más interesante reconocer la importancia que esas fronteras conservan, ya que sin su adecuada identificación y comprensión carecemos de herramientas fundamentales para construir el conocimiento histórico que hoy nos ocupa y preocupa.

Este trabajo, basado en el enfoque ecohistórico que no pierde de vista la perspectiva de la historia global, tiene como objeto exponer las implicaciones que el reconocimiento de las fronteras geográfico-culturales tienen para una comprensión profunda de la dinámica socioambiental que ha caracterizado a la historia sudcaliforniana, explicando los criterios que llevaron a definir la conformación de esas fronteras

para, posteriormente, apuntar algunos elementos que podrían contribuir al estudio de la identidad sudpeninsular.

#### **REFERENCIAS TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DE LAS FRONTERAS GEOGRÁFICO-CULTURALES SUDCALIFORNIANAS**

Una realidad bien conocida por quienes habitan Baja California Sur es que se encuentran más lejos de la frontera norte que los pobladores del Distrito Federal. Sin embargo, este hecho sorprende a una infinidad de compatriotas desconocedores de la geografía de nuestro país. Menos comprensible resulta por qué en algunos aspectos se nos reconoce como habitantes fronterizos. Para dar una breve respuesta a esta incógnita haremos alusión a la calidad de zona libre en la que desde mediados del siglo pasado quedó incluida esa singular porción de tierra.

No obstante, más allá de las consecuencias de cierta política económica y de la distancia que nos separa de *la línea*, podríamos considerar que Baja California Sur es efectivamente una frontera dentro de México. No una de esas que divide a un país de otro, pero sí de las que separan un espacio y una cultura de otra. Ya Fernando Jordán (1989) lo invocaba con el atinado título de su libro *El otro México*. Tomando prestada esta definición para explicar las características fronterizas sudcalifornianas, nos vemos obligados a explicar dos términos envolventes de una compleja realidad geohistórica. Por qué *otro* y por qué *México*.

Empecemos por el segundo. *México* no sólo porque la Península —a pesar de los avatares que en el siglo XIX amenazaron en numerosas ocasiones la soberanía mexicana sobre la Baja California—, forme parte del territorio nacional. También, en efecto, por los cuantiosos y complejos procesos que conforman la mentalidad colectiva sudcaliforniana y que han hecho que sus habitantes se sientan y se piensen tan

mexicanos como los compatriotas que viven en el centro de nuestra patria. El arrojo con el que los sudcalifornianos combatieron al ejército invasor en la guerra de 1847, la permanencia de la mayoría de los habitantes que rechazaron la oferta de la ciudadanía norteamericana al ser derrocado el invasor, y la virulencia que confrontó a partidarios de reformistas contra conservadores (Cariño 1998: 550-55), son sólo algunos de los ejemplos documentados que expresan algunas de las muchas ocasiones en las que los sudcalifornianos han afirmado su mexicanidad.

Los sudcalifornianos, pese a la distancia y a la dificultad de las comunicaciones que los separaban de los acontecimientos en los que se ha visto envuelta nuestra patria, han participado siempre en las discusiones nacionales. Más tarde que temprano juraron la Independencia y la escasa población se dividió en partidos durante los conflictos que sangraron al país en el siglo XIX. Al momento de la Revolución Mexicana, Sudcalifornia también fue escenario de cruentas luchas (*ibid*: 550-55, 805-10). Pero ¿acaso los acordes del jarabe tapatío, los sopes y el águila parada en el nopal suscitan alguna emoción en las fibras sudcalifornianas, como lo haría casi cualquier mexicano continental? No. La expresión de la mexicanidad de los sudcalifornianos pasa por registros distintos a los de sus conciudadanos, situación que nos permite acercarnos al segundo asunto antes mencionado, el de la frontera.

Baja California es *otro* México. En abstracto podríamos decir que sus habitantes tienen una identidad ajena —y no sólo distinta— a la de la mayoría de los hombres, mujeres y niños con los que comparten su nacionalidad. Pero en concreto, ¿qué queremos decir con esta frase académica?, ¿cómo explicarla teóricamente?, ¿cómo plasmarla en términos tangibles? Las respuestas a estas interrogantes implican un considerable reto que no podría enfrentar en el breve espacio de este artículo. Por lo tanto, haremos hincapié en las respuestas a la primera interrogante y, en la

segunda parte del trabajo, se esbozarán algunos caminos que permitirían responder a la segunda.

Para analizar teóricamente la otredad que implica el ser sudcaliforniano he considerado pertinentes los planteamientos de tres historiadores franceses: Fernand Braudel (1979), Michel Vovelle (1985) y Pierre Vilar (1997). Los tres se distinguen por tener una obra en la que sustentan análisis teóricos —innovadores pero inspirados en el marxismo—, sobre investigaciones concretas. Estas características no son comunes y a mi juicio apuntalan la validez de sus tesis, lo que justifica la elección. Puesto que en este trabajo se emplean varios de sus conceptos teóricos, para evitar malentendidos se considera obligado dar, al menos, una explicación sintética de estos.

Las características geográficas y la forma en la que los hombres se han adaptado a ellas para asegurar la producción y reproducción social son los elementos tangibles con los que Fernand Braudel constituye su concepto de *civilización material*. Se trata



de la esfera básica en la que se registran las más elementales actividades del hombre, la “infra economía, esta otra mitad informal de la actividad económica, la de la autosuficiencia, del truque de productos y de servicios en un radio muy pequeño.” (Braudel 1979: 8) En esta esfera se registran la vida cotidiana, las actividades productivas en pequeña escala, las formas de la alimentación, la habitación y el vestir, las técnicas más rudimentarias, los medios más sencillos de intercambio y los patrones de apropiación territorial. Esta esfera de desarrollo básico de la sociedad es también aquella en la que se encuentra la herencia de las tradiciones y la construcción de la cultura. De tal manera, el modelo braudeliano de *civilización material*, nos remite a la relación dialéctica que entre una sociedad y su medio geográfico da por resultado originales estrategias civilizatorias.

Este enfoque parece especialmente útil cuando nos ocupamos de procesos para los que contamos con escasas fuentes documentales, puesto que nos permite emplear el espacio como un actor histórico e identificar en la actualidad actividades productivas y rasgos culturales cuyo registro temporal es de larga duración. Braudel en sus escritos profundizó en el análisis de los elementos tangibles de las estrategias civilizatorias, tanto en aquellos del ámbito de la economía, como en el de los aspectos culturales directamente observables. El corto tiempo de su larga vida no le permitió más que esbozar en su libro *La identidad de Francia* (Braudel 1990) los elementos menos tangibles, los pertenecientes al registro de la mentalidad colectiva.

Michel Vovelle, partiendo de las bases sólidas dejadas por sus antecesores, es uno de los raros especialistas que han analizado metodológica y teóricamente los fenómenos que engloba ese término. Para él no se trata de un terreno movedizo, ni de una historia ambigua. Define la historia de las mentalidades como el «estudio de las meditaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida

de los hombres y la manera en que la cuentan y aún en que la viven» (1985: 19). Esta especialidad de la historia permite adentrarse en los tiempos más recónditos, aquellos en los que las sociedades hunden sus raíces, y que con base en la inercia que les confiere el ser procesos de larga duración permiten «descubrir, en esos recuerdos que resisten, el tesoro de una identidad preservada, las estructuras intangibles y arraigadas, la expresión más auténtica de los temperamentos colectivos; en una palabra, lo más valioso que tienen» (*ibid*: 16). «Las mentalidades remiten de manera privilegiada al recuerdo, a la memoria, a las formas de resistencia...» (*ibid*. 15). En este rubro se debe considerar en una primera instancia la cultura y sus diversas manifestaciones, pero también las actitudes, los comportamientos y las representaciones colectivas inconscientes.

La identidad es uno de los componentes que forman la mentalidad colectiva. En un afán de síntesis, y haciendo referencia a los estudios que Pierre Vilar ha hecho al respecto, podríamos decir que la identidad es la expresión inconsciente de la pertenencia a una sociedad. Este sentimiento, esta forma de pensar, nos remite a los asideros que en la conciencia colectiva permiten a un individuo reconocerse como parte de un grupo y, en un razonamiento complementario, que le permiten distinguir aquellos que no forman parte de éste. Pero la identidad es también un fenómeno histórico, no sólo por la herencia multi-secular de tradiciones, actividades, actitudes y comportamientos, sino porque es producto de una época. La identidad se conforma a través de una recreación actualizada de la conciencia histórica. De esta manera, es un fenómeno que confirma la definición que Henri Marrou da del conocimiento histórico, a saber: un diálogo constante entre pasado y presente (Marrou 1983).

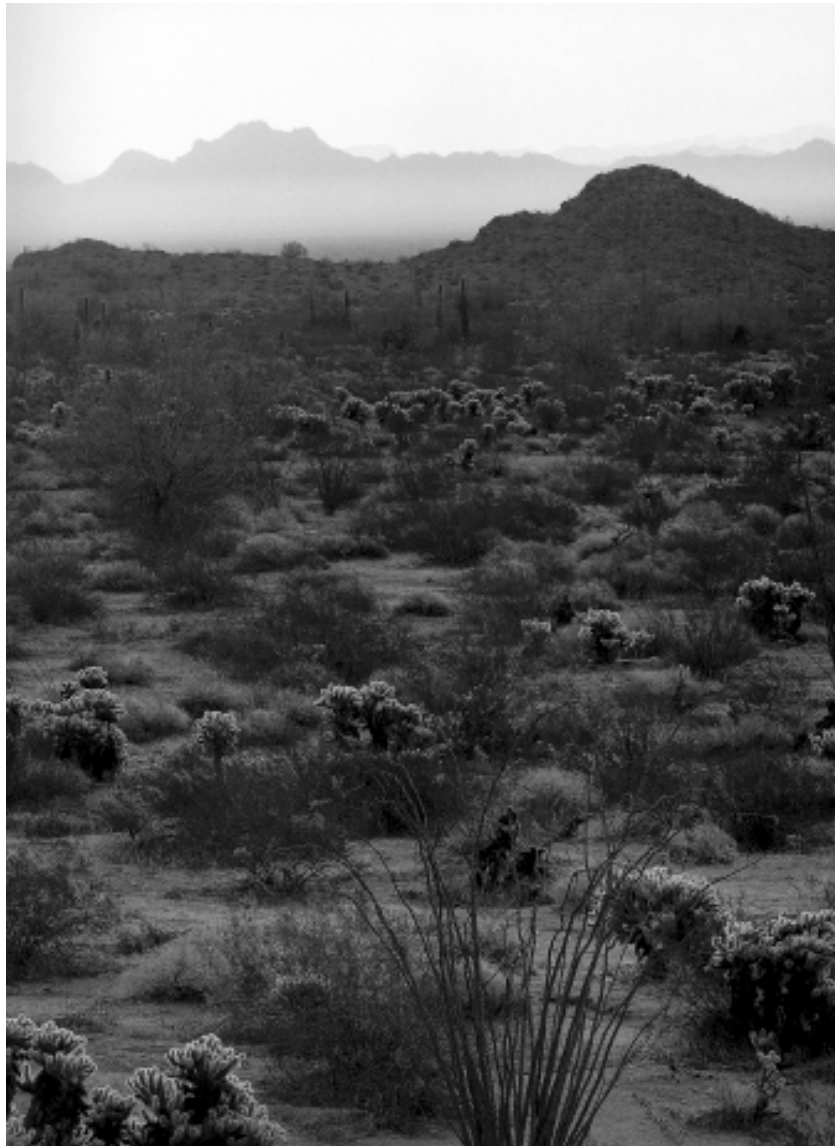
Para no correr el riesgo de perderse en discusiones teóricas, parece ya haber dejado en claro el significado de los conceptos que se utilizarán al explicar

la formación de las fronteras geográfico-culturales sudcalifornianas. Retomaremos ahora, bajo el enfoque ecohistórico, el análisis de la otredad que lleva implícito el reconocimiento de esas fronteras.

Como se ha dicho hasta el cansancio, Sudcalifornia es árida y aislada. Del macizo no sólo nos separa un mar de difícil navegación, sino dos desiertos cuya travesía sigue siendo larga y ardua. El tráfico aéreo que desde hace pocos años hace creer en la posibilidad de una vía de comunicación menos problemática sigue siendo restringida, por su costo, frecuencia y orientación. La Península, más concretamente, el espacio sudpeninsular, sigue estando —con todas las proporciones guardadas— tan aislado del resto del mundo como siempre. Sudcalifornia,

por su aislamiento geográfico impide aún un tránsito fluido de bienes y personas que la integre al resto de las tierras mexicanas. Hasta aquí sólo se han puntualizado los elementos geográficos que justifican una característica harto evidente.

Esto no basta para explicar porqué Sudcalifornia es una frontera geográfico-cultural, situación que le confiere su carácter de otredad antes evocado. Para continuar nuestra discusión debemos considerar ahora —y de manera acumulativa— la otra característica



dominante del medio geográfico de nuestra región objeto de estudio: la aridez.

Esta se define por la escasez de precipitaciones y por altas temperaturas. Gran parte de nuestro país, y todo el noroeste del mismo, comparten esta característica. La aridez ha impuesto límites al desarrollo de gran cantidad de actividades económicas, especialmente a la agricultura, y consecuentemente al aumento de la población. En Baja California, tal problemática es agravada por el aislamiento. Ambos com-



ponentes magnifican los retos a los que los pobladores se han enfrentado a través de originales estrategias civilizatorias. En el libro *Historia de las relaciones hombre-naturaleza en Baja California Sur* (Cariño 1996) se sintetiza la expresión de éstas en los modelos de simbiosis, aprovechamiento y saqueo. Para analizar el tema que ahora nos ocupa nos basta constatar que existe un denominador común para esas estrategias: la existencia permanente de agua o humedad. Sin la intervención del hombre, en las zonas áridas ese fenómeno natural ocurre sólo en los oasis.

Frente al dueto implacable aislamiento-aridez las estrategias civilizatorias sudcalifornianas se han estructurado en torno de los oasis. Recientemente un grupo de científicos del CIBNOR ha hecho un estudio en el que se describen las principales características bióticas y abióticas de los oasis sudcalifornianos (Arriaga y Rodríguez 1997). Como en él se explica, los oasis son en realidad un espacio de excepción en el marco de una zona árida.

En éstas zonas no es común que se encuentren ríos superficiales perenes debido a que la precipitación total anual es de escaso volumen, se distribuye además en pocos eventos. Cuando ocurre una precipitación, la mayor parte del agua escurre por la superficie del terreno y se dirige al mar formando arroyos estacionales. Sólo una parte del volumen total se filtra hacia las capas subterráneas recargando los mantos freáticos, principal fuente de agua en el desierto (Heindl 1961). En algunos sitios y debido a la presencia de una capa rocosa impermeable localizada a poca profundidad, el agua llega a alcanzar la superficie. La existencia de agua o humedad permanente brinda condiciones muy particulares para el establecimiento de vegetación que en la región circundante no podría prosperar. La posibilidad de tener agua fomenta también el desarrollo de actividades humanas tales como la agricultura y la ganadería. Pero éstas están limitadas al tamaño del manantial, sobre todo si no se cuenta con la infraestructura necesaria para la explotación de los mantos subterráneos (Maya *et al.* 1997).

Es necesario agregar que los oasis son también áreas de refugio para «importantes especies de afinidad neártica, estaciones de reabastecimiento para especies migratorias y lugares de atracción para prácticamente todas las especies, endémicas o no» (Lluch Belda 1997). Por la belleza de su paisaje, ciertos oasis se han convertido en polos de atracción turística.

De tal manera, los oasis sudcalifornianos han sido y siguen siendo islas de humedad que sustentan de manera excepcional la vida de hombres, plantas y animales. Aunque en una escala menor, por su carácter insular, en ellos se reproducen patrones culturales dominados por el fenómeno del aislamiento.

Cada oasis sudcaliforniano es un espacio volcado sobre sí mismo. Todas las actividades que en ellos se llevan a cabo giran en torno del manantial, y depen-

den de su abundancia. Las relaciones que se han establecido con los otros oasis y con el resto del mundo requieren traspasar esos límites, atravesar la frontera geográfica así delimitada. Las estrategias civilizatorias diseñadas por los habitantes de cada oasis han sido marcadas por la omnipresente y omnipotente dependencia del preciado líquido.

A través del tiempo, el forzado ensimismamiento al que el vasto territorio árido circundante ha confinado a los habitantes de los oasis ha creado una cultura original. En ésta, la construcción de la identidad tiene como primera referencia ese pequeño espacio vital. Al compartir características con otros espacios semejantes, la segunda referencia de pertenencia a un espacio mayor sería sin lugar a dudas al conjunto que para asuntos de índole diversa, pero ajenos a la definición de la identidad cultural, los incluye y une; se trata evidentemente de la referencia a la sudcalifornidad. Sólo en una tercera instancia, y en relación con fenómenos aún más generales, y por lo tanto más vagos y escasos, se presentaría en la mentalidad de los habitantes de estos oasis su mexicanidad.

Nos encontramos ante un juego de cajas chinas, en las que si bien la mayor comprende a las de menores dimensiones, todas ellas son diferentes entre sí. Cada una tiene sus reglas de existencia, sus particulares estrategias civilizatorias y, por lo tanto, su propia identidad. ¿Cómo no hablar de *otros* Méxicos en este conjunto de ínsulas geográfico-culturales que han existido en estrecha dependencia de un tesoro que por su escasez y restringida localización delimita el espacio civilizatorio vital de cada núcleo de población a la zona de influencia de su manantial?, ¿quién más que los todosanteños en Todos Santos, los muleginos en Mulegé, los ignacianos en san Ignacio, etc. podrían reconocerse como distintos de aquellos conciudadanos que ni por asomo pueden imaginar lo que representa la fragilidad del ecosistema de un oasis, así como las implicaciones del aislamiento de éste?



#### **LA OASISIDAD: UN CRITERIO FUNDAMENTAL PARA COMPRENDER LA IDENTIDAD SUDPENINSULAR**

La identidad, como se comentó antes, es un fenómeno histórico, pero por las repercusiones políticas y sociales de su expresión contemporánea suscita un interés renovado en esta época de incertidumbre.

La sociedad sudcaliforniana no es una excepción. Académicos, intelectuales, artistas, políticos, etc., muestran cierta preocupación por entender y explicar ese fenómeno harto complejo. Sin lugar a dudas es necesario recorrer varios caminos complementarios para adentrarse en el problema.

Con base en las referencias teóricas esbozadas y con todos los riesgos que comporta una reflexión preliminar, explicaremos por qué la idea de la *oasisidad* es una plataforma espacio-temporal que podría ser aprovechada por los investigadores sociales, que en la dimensión del tiempo presente trabajan en el es-

clarecimiento de la identidad sud-californiana.

Los indios californios fincaron su existencia y desarrollaron su cultura en la disponibilidad de agua dulce, especialmente de las fuentes permanentes, pero también del aporte de las precipitaciones reflejado en la abundancia relativa de la vegetación. Los límites de los territorios de recorrido de cada banda, como se ha explicado en otra parte (Cariño 1995), reflejaban esa estrecha dependencia.

Con la finalidad de evitar ejercer demasiada presión en el ecosistema en torno de cada aguaje, los indios transitaban de uno a otro para coleccionar frutos, semillas y tubérculos, pescar y en menor medida cazar. La simbiosis hombre-naturaleza que así establecieron les permitió subsistir durante cientos de años, pero los confinó al espacio que dominaban. En este caso la presión geográfica actuó literalmente como una eterna, aunque amplia prisión. Su mundo, su horizonte terminaba en el mar y en los límites de la influencia de la humedad de los aguajes del territorio de recorrido de cada banda. Traspasar esas fronteras geográfico-culturales implicaba la muerte, provocada por el hambre y la sed, o por la guerra con otra banda.



Los protagonistas de la expansión colonial española tardaron más de ciento setenta años en lograr establecerse en tierras peninsulares. Los únicos dispuestos a enfrentar el reto que implicaba el mortífero dueto aridez-aislamiento fueron, como todos sabemos, los misioneros jesuitas que llegaron con dificultades, pero se establecieron con esfuerzos aún mayores. Su civilización material necesitaba agua en grandes cantidades y una disponi-

bilidad constante de ella, lo que les obligó a establecerse en áreas más restringidas. Por esta razón, así como por su afán de imponer a todas las bandas californias su cultura, no desaprovecharon un sólo manantial a lo largo y ancho de la Península. Además, la necesidad de producir la mayor cantidad posible de alimentos *in situ*, implicó para Baja California el primero y uno de los más profundos impactos ambientales. Gran cantidad de especies vegetales y animales fueron introducidas y el paisaje de todos los sitios donde se establecieron misiones fue drásticamente transformado.

Pero esto no bastaría para satisfacer las necesidades alimenticias propias y de sus neófitos, se re-



quería fuerza de trabajo que preparara el terreno para la siembra, construyera sistemas de irrigación, cultivara frutos, hortalizas y granos, y cuidara del ganado. Como en crónicas y en obras contemporáneas está escrito, para tal efecto colonos laicos acompañaron a los ignacianos, algunos de ellos se dedicaron sólo a estas labores, y otros fungieron también como soldados. A partir de mediados del siglo XVIII los jesuitas perdieron el control que tenían sobre la inmigración a la Península. Los nuevos pobladores se establecieron al sur del istmo, y particularmente en las inmediaciones de la sierra de san Antonio, ya que ahí se concentraban las actividades minero-perleras, únicas que podían tener alguna posibilidad de lucro. Loreto, por su importancia administrativa, hasta inicios del siglo XIX también acogió unos cuantos colonos (Río 1984).

Sin embargo, el resto del territorio peninsular que había sido incorporado a los dominios coloniales (hasta el paralelo 29° aproximadamente) no era un desierto humano. El patrón de asentamiento en ínsulas de población ya se había consolidado con base en las reminiscencias de los establecimientos misionales, pero sobre todo gracias a la subsistencia de sus ranchos y al desarrollo de otros nuevos (Piñera 1991: 69-11). ¿Quiénes eran esos pobladores y cuántos eran? Preguntas pertinentes a las que difícilmente se podrá algún día responder con exactitud. No obstante, para los fines de este ensayo es la esencia y no la precisión lo que interesa.

Siendo un puñado de *gente de razón* la que poblaba permanentemente esta tierra (Trajo 1997:29, 54, 64 y 78), los trabajos que implicaba la práctica agropecuaria de los ranchos, anexos y no anexos a las misiones, deben haber requerido la participación de la población indígena. En los primeros tiempos como peones, pero al paso de los años, al disminuir la presión de la evangelización, los pocos indígenas que acompañaban a los menos numerosos colonos en los ranchos deben haber sido plenamente inte-

grados a la nueva y escueta sociedad así constituida. El proceso de aculturación anhelado por los promotores de la expansión colonial, aunque en un porcentaje dramáticamente reducido, se había realizado. Las cifras no las conoceremos nunca, ya que estos Californios transmutados en rancheros, en cualquier tipo de censo o encuesta no podrían haber sido contados como indios, ya que su identidad autóctona habría sido sacrificada en el proceso de su asimilación a la vida *oasiana*.

Pero más importante que determinar cuántas almas se vieron envueltas en este seguro pero impreciso fenómeno, es el saber qué tipo de influencias pueden haberse conservado de la antigua identidad y cómo éstas se entrelazaron con las de la nueva. Tal análisis permitiría a la antropología, la historiografía y la sociología regionales revalorar el peso del mestizaje en una tierra en la que hasta ahora se ha pensado que éste no tuvo lugar. Si bien cuantitativamente los indios californios fueron diezmados, al igual que sucedió con gran cantidad de pueblos continentales, la trascendencia de importantes rasgos de su cultura en la constitución de la civilización material de los rancheros, puede resultar determinante en la búsqueda de los orígenes de la identidad regional. Sería interesante saber si el mestizaje también fue biológico, o en qué proporción tuvo lugar, pero la carencia y la calidad de las fuentes dificulta muchísimo este tipo de pesquisas. No obstante, una revisión ecohistórica de las relaciones hombre-naturaleza de los rancheros permite rastrear la supervivencia de algunos elementos característicos del modelo de simbiosis de los antiguos californios.

Ahora bien, sin perder de vista la otra influencia cultural que compone la civilización material ranche- ra, es precisamente en la práctica de la agricultura y la ganadería donde podemos identificar algunas estrategias fundamentales del modelo indio de simbiosis. Estas consisten fundamentalmente en:

- Un empleo variado e integral de la diversidad biótica a través del consumo de variadas especies y por el

uso múltiple de sus estructuras con propósitos alimenticios, de vestido y de fabricación de utensilios, y

- La preservación de los ecosistemas, evitando el agotamiento de los recursos de importancia vital, al establecer límites de explotación que favorezcan su recuperación natural (Cariño 1996: 47-49).

Detallar la aplicación de estas estrategias nos tomaría más espacio del que aquí disponemos. Sin embargo, en términos generales podemos encontrar la concreción de estas estrategias en la identidad *oasiánica*, es decir, en las normas que rigen la vida en los oasis.

En ellos, los dos recursos de vital importancia y que definen su existencia misma son el agua y la vegetación. La cultura occidental implicó un uso más intensivo de ambos, pero que en la civilización material ranchera no es sinónimo de sobreexplotación, sino más bien de uso racional. Aquí sólo podemos referir algunos ejemplos, esforzándonos por que sean de lo más representativos.

En lo que se refiere a la agricultura, los cultivos estratificados disminuyen al máximo la evaporación, permiten un uso intensivo del suelo agrícola útil y una adecuada selección de especies asegura una máxima satisfacción de las necesidades alimenticias. La proporción que aún en la actualidad se conserva en el tipo de cultivos que se lleva a cabo en los oasis demuestra estas características y comprueba la supervivencia de tradiciones multiseculares. En un estudio reciente es posible constatar que 47% de éstos son frutales, 34% son hortalizas, sólo 12% son granos y un mínimo de 7% son de uso industrial (Breceda *et al.* 1997: 269). Los sistemas de irrigación tradicionales han probado su eficiencia para evitar la salinización de los suelos, así como su empobrecimiento. Finalmente, subrayemos que la agricultura es la principal actividad económica que se desarrolla en los oasis, es decir es la que ocupa en mayor proporción el trabajo de sus habitantes (*Ibid.*, 271), lo que nos recuerda en cierta medida la vida de los antiguos

californios, para quienes la colecta tenía mucho mayor importancia que la caza o la pesca.

Entonces, ¿por qué no hablamos de agricultores sino de rancheros? Daremos una respuesta en dos tiempos. Primero, porque la ganadería es una actividad vital aunque complementaria. Por su carácter extensivo, le ocupa menos tiempo a las familias rancheras, de hecho, permanentemente sólo ocupa a los hombres recios de ellas. No se practica solamente en el área húmeda de los oasis, sino también en el agostadero circundante, por lo que implica traspasar los límites de seguridad de la frontera geográfica de éstos. En otros escritos (Cariño 1996) podemos encontrar detalladas descripciones de la original forma en la que se desarrolla el cuidado de los hatos. Aquí lo que nos interesa recordar es la forma en la que para alimentarlos se aprovecha integral, inteligente y selectivamente la flora silvestre y el espacio en el que se localizan los corredores de las reses. Hemos anotado que en estos aspectos se evidencia la herencia cultural de los antiguos californianos, puesto que el aprovechamiento que los rancheros han tenido de la flora silvestre se fundamenta en las características de la segunda estrategia ya comentada.

La segunda razón que justifica el apelativo de ranchero, es la referencia a las características de su *hábitat* y, en nuestra opinión, al apelativo que los misioneros dieron a los sitios que con características semejantes poblaban los californios. Se trata de un espacio estrictamente delimitado y centrado en torno de un aguaje, donde la población puede residir permanentemente y subsistir en condiciones cercanas a la autarquía, aunque no condenados a ésta. El significado del término rancho y ranchero en las sociedades continentales, tanto en el país como en el extranjero (por ejemplo, en el estado de Texas), no debe confundir a los que no hayan visto un rancho sudcaliforniano.

Éste, espacial y culturalmente, expresa una forma original de apropiación territorial que se refleja en la

vida cotidiana, en las actitudes y los comportamientos y, forzosamente, en la mentalidad colectiva de sus habitantes. Su núcleo es el aguaje, sus límites son los de la zona húmeda, la tónica de la vida de sus habitantes transcurre volcada hacia el interior. La frontera geográfico-cultural de la existencia *oasiana* implicó una relativa restricción del espacio vital en comparación con el que tenían los antiguos californios. A diferencia de éstos, los rancheros pueden traspasar sin gran problema los límites de sus oasis, pero, lo importante es que no requieren hacerlo para subsistir. El uso intensivo pero racional e integral de los recursos vitales les ha permitido una vida segura.

Es en la creación y recreación de estas fronteras geográfico-culturales, donde podemos buscar los orígenes de la identidad regional. Ésta, como diría Guillermo de la Peña (1994: 5) «se define en el recuerdo de los paisajes cotidianos», se encuentra fundamentada en «la espacialidad, [sin la cual] el hombre no es capaz de concebir lo real o lo imaginario; ni siquiera puede pensarse a sí mismo.»

Para fortuna nuestra, la identidad *oasiana* es aún observable; subsiste en los 171 oasis sudcalifornianos, y en buen número de ellos prácticamente intacta. Recordemos que por su aislamiento geográfico los oasis son zonas de refugio, tanto biológico como cultural. En ellos, en un tiempo largo y lento, se ha consolidado en la mentalidad colectiva una relación hombre-naturaleza que arraiga tierra adentro a sus habitantes y les impone un amoroso respeto vital por el ambiente. Las ínsulas de la identidad *oasiana* nada tienen que ver con el mar, el cual es una frontera que al igual que el desierto delimita el espacio vital y marca



el inicio de los caminos que conducen más allá, hacia la otredad.

## CONCLUSIONES

Conforme a los criterios que se han querido esbozar en el aventurado término de *oasisidad* podrían buscarse los orígenes de la identidad sudcaliforniana. Estos se encontrarían en la mentalidad colectiva que expresa la civilización material de los habitantes de las islas que salpican de verdor y vida la aridez de esta región. Los oasis adquieren en este sentido un valor histórico que parece hasta ahora ha sido desatendido y malentendido.

Desatendido porque al considerarlos zonas marginadas de una periferia se les han impuesto retos a los que difícilmente han podido responder. El más grave y generalizado ha sido el extraer de ellos irracionalmente su elixir vital: el agua. En otros, so pretexto de capitalizar su paisaje con fines turísticos, se han introducido irracionalmente también formas de vida ajenas que crean serios conflictos en la tenencia de la tierra y crean embates aculturizantes cuyas repercusiones pueden resultar desastrosas. La falta de una comprensión seria de su valor ecohistórico ha traído consigo la implantación de políticas socioeconómicas que no toman en cuenta la trascendencia de las actividades en ellos desarrolladas y el significado del modo de vida ancestral que éstas representan.

A los oasis se les ha apreciado, más de palabra que de hecho, porque en algunos de ellos fueron construidas misiones. A nuestro juicio éste dista mucho de ser su único o más trascendente valor histórico. Como hemos querido probar, en los oasis no sólo subsisten los vestigios del pasado misional y del pasado indígena, sino la vívida imagen de la Baja California mestiza, es decir, de la Sudcalifornia mexicana.

## BIBLIOGRAFÍA

Arriaga, Laura y Ricardo Rodríguez Estrella (editores), 1997. *Los oasis de la Península de Baja California*. Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste-SIMAC, La Paz, México.

- Braudel, Fernand, 1990. *L'identité de la France*. Champs Flammarion, París, 3 vols.
- Braudel, Fernand, 1979. *Civilisation matérielle, économie et capitalisme XVè-XVIIIè siècle*, Vol I: Les structures du quotidien. Armand Colin, París.
- Breceda, Aurora, Laura Arriaga y Rocío Coria, 1997. «Características socioeconómicas y uso de los recursos naturales en los oasis» en Arriaga *et al.*
- Cariño, Micheline, 1998. Les mines marines du golfe de Californie. Histoire de La Paz à la lumière des perles. Tesis de Doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- , 1996. *Historia de las relaciones hombre/naturaleza en Baja California Sur 1500-1940*. SEP-FOMES-UABCS, La Paz, México.
- *et al.*, 1995. *Ecohistoria de los Californios*. UABCS, La Paz, México.
- De la Peña, Guillermo, 1994. «Introducción» en Muría, José María. *Identidad e historia, Ensayos jaliscienses*. El Colegio de Jalisco- INAH, México.
- Del Río, Ignacio, 1984. *Conquista y aculturación en la California jesuitica 1697-1768*. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Jordan, Fernando, 1989. *El otro México. Biografía de Baja California*. Patronato del Estudiante Sudcaliforniano A.C., Gobierno del Estado de Baja California Sur, México.
- Lluch Belda, Daniel, 1983. «Prólogo» en Arriaga *et al.*
- Marrou, Henri I. *Del conocimiento histórico*. Per Abbat, Buenos Aires.
- Maya, Yolanda, Rocío Coria y Reymundo Domínguez, 1997. «Caracterización de los oasis» en Arriaga *et al.*
- Piñera Ramírez, David, 1991. *Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los grupos aborígenes a la urbanización independiente*. Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, UNAM, México.
- Trajo Barajas, Deni, 1997. Espacio y economía en la península de California 1785-1860. Tesis de Doctorado en Historia, UNAM, México.
- Vilar, Pierre, 1997. *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*. Critica, Barcelona.
- Vovelle, Michel, 1985. *Ideologías y mentalidades*, Ariel, Barcelona.

**Micheline Cariño.** Doctora en historia, graduada en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Labora en la Universidad Autónoma de Baja California Sur en La Paz, Baja California Sur, México. Correo-e: irda@mexico.com.

FOTOGRAFÍAS: Patricio Robles Gil (páginas 57, 63 y 67), Jack Dikinga (páginas 58, 59, 61 y 62), Ralph Lee Hopkins (página 64), tomadas de Robles Gil, P., Exequiel Ezcurra y Eric Mellink (comp.). 2001. *El Golfo de California. Un mundo aparte*. Pegaso, Casa Lamm y Sierra Madre, México. Javier de la Maza, página 57, fotos segunda, tercera y cuarta a partir de la izquierda.